

Klaus MANN, *Sonja*

Traducido por J. Silvestre Álvarez y Ana Muñoz Gascón
Universidad de Valladolid

INTRODUCCIÓN

El poeta Berthold Brecht comenzó un ingenioso artículo con estas palabras: “Todo el mundo conoce a Klaus Mann, el hijo de Thomas Mann. Pero, ¿quién es Thomas Mann?”. El padre que reprochaba al hijo: “no tienes disciplina, ni talento, ni equilibrio moral”. Quizá, en algunas cosas tuviera razón, pero en otras se equivocaba. Con tan sólo 13 años, Klaus era un lector voraz, intrépido e insaciable, había leído ya a Ibsen, Lessing, Schiller, Hebbel o Goethe, entre otros. Antes de cumplir los quince años, había escrito más de cien volúmenes de historias de amor y misterio. Sin duda alguna, Klaus Mann tenía mucho talento.

Klaus Heinrich Thomas Mann había nacido en Munich, el 18 de noviembre de 1906, en una casa burguesa de la Franz-Josef-Strasse, en el barrio literario de Schwabing. Era el segundo de seis hermanos. Su madre, la exquisita Katia Pringsheim, era hija de una familia de judíos que se movía en el ambiente intelectual, artístico y universitario de la capital del Reino de Baviera. La familia Mann pasaba los veranos en Tölz, un atractivo pueblecito situado cerca de Los Alpes, a orillas del Isar. Los primeros ocho años de su existencia precedieron al estallido de la Gran Guerra, fueron, pues, tiempos difíciles y peligrosos. En 1915, Klaus estuvo a punto de morir debido a una grave apendicitis. El hecho luctuoso de que la muerte arrojase sombra sobre su rostro infantil se convirtió en una leyenda.

Los primeros poemas los compuso a medias con su hermana Erika, a quien estaba muy unido. El amor que se tenían era absoluto e indiscutible, hasta tal punto que los dos hermanos actuaban como si fuesen gemelos. En el año 1922, Klaus y Erika estudian juntos en el internado *Hochwaldhausen*, cerca de Frankfurt. Pronto se adaptan al ambiente y a la disciplina del colegio. En esta comunidad de jóvenes, procedentes de diferentes ciudades alemanas, conocen el espíritu de lo que se denominaba el Movimiento de la Juventud, movimiento que defiende la juventud como forma autónoma de vida. A partir de entonces, Klaus Mann se siente atraído por la vida de estas comunidades de jóvenes: de esa existencia a la vez libre y a la vez gregaria, con amistades, con discusiones, con aventuras, con románticas noches de verano. En esta época los dos hermanos empiezan a conocer los llamados vicios de su generación: acuden a pubs, van al teatro, pasan las noches en el estudio de jóvenes desconocidos, beben alcohol o fuman cigarrillos. El comportamiento de Klaus y Erika es tan absolutamente desvergonzado y alocado que los padres no tuvieron otra opción que intervenir. Erika regresa a casa y Klaus ingresa en la escuela de Odenwald

en Heidelberg, una institución pedagógica de alto nivel y de gran reputación. Sin embargo, la férrea disciplina y la educación para el bien de la comunidad no mejoran la conducta del joven Klaus.

Klaus Mann vivió intensamente desde muy joven y, a pesar de que su muerte se produjo cuando contaba solamente con cuarenta y tres años, tuvo una dilatada vida como literato. Ello es debido a que ya desde su niñez se sintió fascinado por lo que sería su gran pasión: la creación literaria. Klaus Mann demostró desde su infancia una gran fantasía y habilidad para inventar y narrar historias, y tan pronto como supo escribir, comenzó a materializar sus quimeras, un ejemplo de ello es el relato que presentamos titulado *Sonja* (1925).

Nuestra traducción ha sido realizada sobre la edición original, Klaus Mann: *Maskenscherz. Die frühen Erzählung*, Rowohlt, Hamburg, 1995. Es un relato escrito en su juventud, lo escribió con tan sólo 19 años, y a través de Sonja, la joven protagonista, el escritor alemán expresa cómo entendía la vida: como una vaga inquietud, como una búsqueda insaciable del corazón. Su juventud tenía tantos prejuicios como condicionamientos sociales y dogmas políticos. Este desasosiego se refleja en su forma de escribir, incluso, ya desde sus primeras creaciones literarias. Este relato empieza a ser un atisbo de su vida agitada, vaga, incierta y extraña, pero al mismo tiempo interesante, sobre todo, por esa duda, esa búsqueda constante e incansable de un ideal. Entre las líneas del relato subyace un sentimiento de vacío interior, intentándolo neutralizar con la actividad literaria, con el objetivo de devolver a su mundo interior un poco de orden y de recuperar el equilibrio perdido.

SONJA

Ahora, en primavera, mucha gente visitaba el jardín de la cantina. Martha, la criada, no podía ocuparse sola de todos los clientes, por lo que Sonja tenía que echar una mano debido a que su padre, a quien el tiempo le había hecho huraño, pasaba las horas sentado, severo, sin hacer nada. Sonja, sonriente y ligera, se abría camino entre las numerosas mesas de madera, vestida como una camarera. Sobre su vestido oscuro llevaba un delantal blanco que rozaba lo coqueto. Girando la cabeza, soltaba pequeñas bromas a los gallardos cocheros, que apoyaban sus brazos con fuerza en las mesas exigiendo cerveza, para después desaparecer en la oscuridad de la casa. Pero se detuvo un momento en el pasillo sombrío, donde nadie podía verla. Cerró los ojos y se agarró su pelo castaño que cargaba sobre su cabeza en un fuerte moño: era como si le doliera el pelo. Martha, la criada, llevaba una jarra de cerveza en cada brazo y su cara brillaba en sudor. Sin pestañear, indiferente y voluminosa, trotaba de aquí para allá, desde el jardín donde florecían los castaños hasta la casa tranquila para volver a donde estaban los cocheros, a quienes recibía a gritos. Al andar se movían sus pechos bajo la cuerda del vestido y cuando miraba a Martha, en una primera impresión, parecía no tener rostro, y en su lugar había una cara apacible y brillante enmarcada por el pelo.

Por la tarde, Sonja solía dar un paseo por la parte trasera de la casa donde se encontraban las grandes hayas. Ya se había quitado el grácil delantal y deambulaba, ligera y misteriosa, en su vestido, que ondeaba bajo las hayas. En el jardín de la cantina estaba ya todo tranquilo, el padre era el único que todavía no se había acostado y permanecía sentado solitario en la habitación oscura: así

era como se le pasaban las horas. Sonja dejaba colgar los brazos al andar, tan delgados y pardos, similares a los de los chicos. Siempre iba con la cabeza algo inclinada, como si no tuviera fuerza suficiente como para sujetar su abundante pelo oscuro. Alrededor del cuello estirado, Sonja siempre llevaba un colgante de plata vieja que le había regalado su madre, quién falleció antes de que ésta pudiera hablar.

Sonja pensó en Martha, la criada, que dormía plácidamente, roncando con la boca medio abierta bajo el pesado plumón de cuadros rojos. Cuando Alois, el mozo, entraba por la ventana, medio dormida le sonreía y sobre todo cuando éste se arrastraba bajo el caliente edredón que rodeaba su cuerpo. Cuán sofocante y húmedo tendría que ser el aire en su pequeña habitación...

Por el contrario, Sonja paseaba con altos tacones y con dificultad pero sin preocupaciones bajo las oscuras hayas. Sabía que en esos momentos no habría ninguna persona ni ningún dios pensando en ella. No creía en dios alguno, no creía en el amor. Caminaba sola bajo los árboles, así sería hasta que se muriera, así quería esconderse. ¿Acaso toda palabra que había dicho no había sido más que un tímido escudo para un recóndito secreto? ¿No era cada uno de los gestos una pudorosa máscara para un profundo silencio?

Sonja atravesó los pasillos de la vieja casa que retumbaban a su paso. Llegó hasta su enorme habitación decorada con numerosos muebles colocados sin sentido. Aquí nunca se podía ver ni una flor ni un pájaro que cantara. Lo que había eran muchas cosas inertes sobre la mesa, puestas de forma ridícula.

Sonja se dispuso a pelar unas peras marrones y alargadas que siempre dejaba en una fuente de barro. Se sentó sola en medio de la habitación y peló una pieza. Llevaba puesta una pesada bata azul y ahí donde se abría aparecían sus piernas delgadas, en negra y brillante seda, enlazadas una en otra como si quisieran darse calor.

Sonja se puso de pie lentamente y se sentó frente al espejo. Se soltó el pelo para que colgase sobre sus hombros como el abrigo de una reina. Se cepilló y cepilló el pelo mientras observaba con sus ojos oscuros el reflejo que se movía silenciosamente en el cristal. Se levantó y se encontraron una frente a la otra sin decirse nada, era como si tuvieran que llorar. Pero por pudor y por soberbia, simplemente sonrieron. Sonja le sonrió a la chica en la penumbra, así debía ser. Sin dios, libre de pecado, sola...

Una vez hubo un muchacho que trató de ganarse su simpatía, un amigo a quien amaba. Se mantenía inmóvil cuando él recorría con besos toda su mano hasta llegar a los hombros. Pero llegado el momento en el que su boca buscaba la de Sonja, ella apartaba el rostro jovialmente. Su pensamiento estaba en su extraño padre que había adquirido un duro comportamiento militar, que pasaba el tiempo solo, sentado e inactivo en la oscura habitación trasera. Sonja ayudaba a Martha, la criada, con la cantina. Bien era cierto que en primavera venían muchos clientes: cocheros, soldados y vendedores ambulantes porque tenían la mejor cerveza y era reconfortante sentarse bajo los castaños en flor cuando el calor pegaba sobre la carretera.

Sonja se fue a dormir en un largo y blanco camisón. Cuando se despertaba por la noche se quedaba a solas en su habitación tenebrosa. Llegaba a estar tan asustada que pensaba que el corazón

se le había parado. Un ruido salió a su encuentro desde la oscuridad. ¿Acaso había ratas deslizándose vertiginosamente por toda su cama?

Sonja había soñado que en su pelo anidaban un gran número de polillas negras, que revoloteaban sobre su cabeza y rozaban su cara con las alas. Sonja sentía que estaban en la penumbra de la casa, en el arroyo pantanoso donde se había ahogado el hijo de un panadero. Sonja agarró a oscuras el colgante de plata que le había regalado su difunta madre y que siempre le gustaba dejar por las noches cerca, encima de la mesita.

Martha y Alois, el mozo, yacían el uno junto al otro, durmiendo bajo el edredón y emitiendo leves ronquidos. ¡Qué calor, sofocante calor, deberían estar pasando!

Y la tenebrosidad y las siluetas de los muebles que no se veían. Sonja cerró los ojos y así se quedó dormida.

Por la mañana Sonja dio de comer a las palomas. Contenta saludó a su padre, cuyo rostro severo, con una recta y empinada nariz pronunciada y el bigote encanecido, se aparecía tras la ventana. Le saludó y sonrió. Estaba en medio de la pradera con un vestido blanco de lino. Sobre los escalones de piedra que iban del pasillo al jardín estaba sentada Martha, pelando patatas. Mientras Sonja aún sonreía y levantaba con torpeza el ligero brazo, ambos brazos, como si le tirasen algo desde arriba que tuviera que coger, se dio cuenta de que Martha, la criada estaba embarazada. Daría a luz a un niño honrado, pensó Sonja, y sintió como una flecha en su corazón, mientras pasó a su lado, a través de la amplia vieja casa, hacia el patio, para servir cerveza a dos viajeros.

Los chicos estaban sentados en silencio el uno junto al otro en una de las largas mesas de madera tallada. Uno rondaría los diecinueve años, con negros ojos ardientes y una frente muy estrecha desde la que nacía el pelo rizado oscuro. Su boca era algo grande y muy roja. Sin embargo, el otro chico era simplemente un chaval.

Sonja estaba ante ellos con el corazón abierto y lleno de escarnio. Era Martha la que iba a dar a luz un niño, Martha la que estaba con Alois, el mozo, juntos y apasionados bajo el edredón. Pero era ella, Sonja, quien pelaba peras sola en medio de la noche, era ella quien rehusó jovialmente la cara del amigo que trataba de ganarse su simpatía. Sin dios, sin pecados, sola...

Sin embargo, cuando estaba delante de los chicos en la mesa, ella de repente bajó los ojos y ralentizó el paso a la hora de volver a la casa para recoger la bebida que habían pedido.

En la cocina, donde se guardaban las cervezas, había moscas negras sobre las paredes blancas. ¿Qué había soñado por la noche? Polillas negras anidaban en su cabello. Ratas correteaban por su cama...

El más joven de los dos, el chaval, llevaba una camisa verde clara que contrastaba con su piel, de color marrón amarillento. Un mechón de pelo le llegaba a los ojos atravesando la frente mientras reía con ánimo y contraía un poco los hombros. En los pequeños pies llevaba sandalias.

Sonja permanecía inmóvil en la cocina.

Después volvió al jardín de la cantina, posó los vasos y las botellas en la mesa y se quedó por un momento a un lado, mirando al suelo. El mayor, el de los ojos ardientes le preguntó de repente, mientras todavía estaba ahí, si podían comer y descansar hasta la noche –parecían muy cansados–, pero no tenían dinero. Sonja alzó la vista y se echó a reír. «Sí, sí –dijo ella–, podéis...» El moreno alzó el vaso: «Gracias –dijo él–, ¡A tu salud!» Bebió a su salud a la vez que sonreía. Tenía unos muslos grandes, que al sentarse parecían aún mayores. Por el contrario, sus manos eran muy delgadas e inquietas. El chaval bebió, sin brindar, en pequeños y ávidos sorbos.

Los muchachos querían ir a dar una vuelta hasta el mediodía para examinar los alrededores. El moreno se despidió de Sonja con un fuerte apretón de manos mientras que las miradas permanecían bajas. Él llevaba una camisa gruesa de lino marrón rojiza. El chaval estaba apartado. Había cogido una vara con la que se pegaba, jugando, en la pierna desnuda. De repente, mientras el otro todavía sostenía la mano de Sonja, alzó la vara e hizo que silbara sobre el delgado brazo izquierdo de Sonja, quien no se sobresaltó. Simplemente levantó la mirada y por primera vez se encontraron sus ojos. El chaval tenía unos ojos sorprendentemente grandes de un intenso y brillante azul. Mientras que los ojos de Sonja eran de color avellana, como los de muchos animales. El moreno se echó a reír, puede que demasiado alto. Sonja se marchó sin decir nada. En su brazo se podía notar una fina roncha roja. El moreno vio como se alejaba despacio hacia la casa, como inclinaba la espalda y sus brazos colgaban sin fin, tristes y cansados. El chaval seguía ahí parado. No se giró hacia ella sino que miró al suelo y siguió jugando con su vara mientras una sonrisa pícaro, a la vez que dulce, cubría su rostro.

Sonja permaneció sentada todo el día en la penumbra de su habitación. Estuvo sentada durante horas y horas frente al espejo, como si tuviera que mantener una importante y secreta conversación con la chica silenciosa del cristal, que había sido durante muchas noches tanto una amiga como una hermana. Tampoco vio durante la comida a los chicos, a pesar de haberles ofrecido a través de Martha, la criada, quedarse hasta por la noche. Sonja, en cambio, siguió sentada frente al espejo toda la tarde hasta que se hizo de noche. Lo primero que hizo después fue separar las manos, que habían estado bien juntas para la oración, se levantó lentamente con un leve suspiro y bajó al jardín.

En el jardín de la cantina granjeros y cocheros empinaban el codo. Sonja puso ella misma la mesa para los dos chicos en la parte trasera de la casa, bajo las hayas. Iba de acá para allá con pesadas fuentes y platos.

Mientras ellos comían, Sonja se sentó a su lado, hablando mucho y riéndose.

Se dio cuenta de que anocheecía más tarde. Era ya uno de mayo, también pensó que podía hacer algo de frío y se puso un pañuelo oscuro sobre los hombros, lo que le daba un aire de gitana. Retiró los platos y trajo de la casa más comida en grandes fuentes. «Haced el favor de probarlo –dijo ella, mirándoles–, habéis estado caminando todo el día».

Ambos comieron gustosamente y en silencio, mientras Sonja, sin percatarse de que nadie le respondía, se dedicaba a charlar y reír. El mayor levantó la vista del plato y la miró, pero Sonja tampoco pareció darse cuenta de eso. El chaval comía rápido, con fuertes y rápidos movimientos de cuchillo y tenedor. Cada vez que Sonja mencionaba algo gracioso, él sonreía levemente, pero sin alzar la vista, mientras que el mayor seguía engullendo con ganas. Tendrían que dormir en la

habitación que estaba al final del jardín donde había colchones. «No tiene sentido ir a dar una vuelta por la noche –dijo ella–, podéis retomar lo mañana de madrugada». Después procedieron a despedirse: «Sí –dijo Sonja, mirándoles como si buscara con fuerza algo en la oscuridad, que ya había irrumpido–, ya no nos veremos puesto que os iréis muy pronto. Martha os preparará un buen desayuno».

Le dio la mano al mayor mientras que con la mano izquierda se tapaba con el pañuelo, como si tuviera frío. Sin embargo, él buscó su mirada. Un mechón de pelo, liso y ordenado, le caía por la frente. Se dio media vuelta y se fue, pero una vez en las escaleras se dio cuenta de que se había olvidado de despedirse del chaval.

Ya en su cuarto se desvistió rápidamente y se lanzó a la cama como si huyera de algún peligro. Estaba tumbada de espaldas, inmóvil, con su camisón blanco y con las manos juntas sobre el edredón. En la oscuridad parecía una muerta, pero su pecho se alzaba y se hundía con fuerza y despacio al ritmo de su respiración.

Cuando llamaron a su puerta se levantó lentamente, como tenía que ser. Atravesó la habitación descalza en su largo y blanco camisón y abrió la puerta. Enfrente estaba el cuerpo del mayor en la oscuridad, agazapado cual animal que quiere arrojar sobre su presa, sus ojos le brillaban bajo la estrecha frente. Sonja se quedó inmóvil durante unos segundos. Podía notar su respiración caliente, incluso podía sentir sus delgadas manos recorriendo su cuerpo. Para ella era como si fuera a morir en ese mismo lugar porque era él quien había llamado a la puerta y ella se había levantado a abrirle. No obstante, ella simplemente pasó por delante de él, que todavía estaba agazapado, listo para saltar desde la oscuridad. Le apartó sin tan siquiera mirarle, con un ligero empujón, sin volverse hacia él y bajó derecha al jardín, donde empezó a correr en camisón bajo las hayas, soltándosele el pelo que colgaba desordenado alrededor de su cara. En sus ojos había un afán, un ardor oscuro y muerto que se volvió a calmar en cuanto alcanzó la puerta de la habitación y se quedó inmóvil en el umbral. Vio al chaval desnudo, delgado y moreno, oculto tras una jofaina azul clara en la que metió la cabeza. Sonja observó cómo se le perfilaba la columna vertebral bajo la piel tensada, pero en cuanto escuchó a Sonja entrar, se dio la vuelta, se puso de pie, con el pelo mojado y desordenado sobre la cara, agarrado a la mesa como si tuviera miedo. Mientras él dijo algo aprendido de memoria, algo que no tenía sentido para él, gritó, mientras Sonja seguía inmóvil en el umbral con el rostro inclinado, y con la voz clara y fuerte, lanzada penetrante desde la distancia: «Me persiguen» Y ella, que no quería decir ni que sí ni que no, mencionó en voz baja y sin levantar la cara: «Dios esté conmigo...»

Fue entonces cuando se dirigió hacia él, con la cara hundida y con los brazos colgando, conmovedoramente delgados, a lo largo de la habitación. Una vez que se encontraba muy cerca de él, empezó suavemente, casi sin pasión, a acariciar su cuerpo con delicadeza: desde el pelo, bajando por toda la cara, por la totalidad de sus hombros y espalda. Se deslizó por él hacia abajo y cuando ya estaba a sus pies se quitó el colgante de plata que le había regalado su madre. Él alzó el colgante en sus manos, echando a reír, mientras ella acariciaba sus pies con el pelo, murmurando, sin saber muy bien por qué: «Gracias, gracias, gracias...»

Afuera el mayor aporreaba la puerta para entrar. Empujaba con la cabeza la madera del entrepaño, que hacía crujir y su voz se oía, tomada, distorsionada y feroz por la ira: «Dejadme entrar, me tenéis que dejar entrar...»

El chaval, en cuya cara seguía luciendo una sonrisa, dulce y pícara al mismo tiempo, se inclinó sobre la arrodillada y la besó en la nuca que ella le ofrecía. Mientras ella seguía susurrando su «Gracias... gracias... gracias...» embriagada, estupefacta, como si fuera una oración balbuceada, de repente, él dijo, con la boca aún sobre su nuca, de manera cortante, rápida y claramente, de nuevo sin entender muy bien lo que estaba diciendo: «Te quiero...»

Clavó sus dientes por unos instantes en su piel con un rápido mordisco, mientras sus manos le revolvían el pelo. De esta forma, pudo sentir como todos sus dientes se habían quedado grabados en su nuca, como grabada estaba la cara del Señor en la Sábana Santa. Se incorporó, se dio la vuelta y se fue, como había venido: atravesando la habitación con la cabeza inclinada y los brazos caídos. Una vez en la puerta se volvió hacia él: «¿Cuándo te volveré a ver?» dijo, y esta vez fue ella la que sonrió. A lo que él, apoyado en la mesa desnudo y sin dejar de jugar con la cadena que le había regalado, le respondió: «En un año volveré».

Entonces ella salió, cerró la puerta tras de sí y supo que en un año él volvería.

El mayor estaba acurrucado delante de la habitación, con sus pequeñas manos clavadas en la tierra. Cuando Sonja se presentó erguida y sin habla ante la puerta, tras la cual el chico escuálido jugaba con su joya de plata, se lanzó el que estaba arrodillado a sus pies, desnudos y blancos en la oscura y húmeda hierba, para cubrirlos con mil besos. A ella de repente se le pasó por la cabeza la idea de que él podía estar sufriendo por ella tanto como ella sufría por el otro, y al pensar esto, se inclinó levemente y se dirigió a él con delicadeza, observándole a través del pelo revuelto en la noche. Sin embargo al sentir el roce de sus manos rompió a llorar. Sus lágrimas resbalaban por sus pies en forma de gotas calientes y fueron bañados por las lágrimas de una persona inclinada. Sonja también lloraba, de pie, sin pestañear. Las lágrimas simplemente brotaban de sus ojos oscuros y una vez en la hierba se mezclaban con las del chico inclinado. Mientras se encontraba de pie y llorando vio como Martha, la criada, estaba bajo los árboles entre las sombras, seria e indiferente, con el vientre definido. Su cara no se diferenciaba, solamente se apreciaba una cara tranquila, enmarcada por el pelo. Sonja estaba ahí, haciendo señas torpemente con sus brazos, cuando gritó, mientras las lágrimas se derramaban por su cara, con su bonita y sonora voz feliz a través de la oscuridad: «Buenas noches, Martha. ¿Cómo que no estás durmiendo?» Martha no llegó a responder. Estaba de pie como una rústica Madona, entumecida bajo las hayas, mientras que Sonja, con el chico a sus pies retorciéndose agazapado, estaba enfrente con su camisón blanco, delgada y erguida, deshaciéndose en lágrimas.

Muy temprano a la mañana siguiente, Sonja vio cómo los chicos se marchaban. Llevaban pesadas mochilas que les hacían que caminaran encorvados. En la puerta del jardín se separaron. El mayor apretó los dientes, los ojos le brillaban bajo la frente estrecha y las manos estaban juntas y apretadas. El chaval tenía, como casi siempre, la mirada hundida.

Sonja estaba en la ventana, todavía con la ropa de noche. Tenía que pasar un año y él volvería con la próxima primavera. Con la más profunda de las penas Sonja se dijo a sí misma que ese año no sería un año de espera por su amado. Iba a ser verano, luego septiembre y después llegaría el otoño. Más tarde nevaría y una vez que la nieve se derritiera volverían a florecer los árboles y luego volvería él.

¿No era el año un cuento de hadas? Puede que un cuento triste, pero lleno de tristeza y a la vez de ilusión. Así tenía que ser.

De este modo transcurrieron los días para Sonja. Sería verano y haría mucho calor. Un día que Sonja estaba caminando, cansada, por las calles del pequeño pueblo, Martha, la criada, estaba en una tienda comprando verdura con la cesta de la compra del brazo. Un olor a pan sacó a Sonja del establecimiento. Grandes girasoles amarillos estaban puestos al sol delante de la tienda. Martha giró la cabeza y con fuerza, pero muy despacio, una sonrisa apareció en su cara, que era tranquila; una sonrisa distinguida. Tras intercambiar así un saludo con su amiga, Sonja bajó por el camino, blanca, colorida y brillante por el sol. Amplias nubes blancas reposaban concentradas en el horizonte. En la nuca bronceada de Sonja se podían apreciar las marcas de los dientes del chico, bastante evidentes; eran un estigma.

Por la tarde, cuando reinaba la tranquilidad bajo los castaños y Martha, en silencio, se ponía a lavar los vasos medio vacíos en la cocina, se levantó una terrible fuerte tormenta en el cielo. Era entonces cuando se disipaban las voces de los cucos en el bosque y bajo los árboles no se movía una sola hoja. Sonja vio cómo en el interior de la casa brillaba solamente una luz. De todos los cristales, este era el único que irradiaba luz, donde su padre, solitario y rígido, se sentaba sin hacer nada: de la misma manera que las espigas se inclinan bajo el calor y bajo la tranquilidad. Sonja ya apenas recordaba lo que había pasado. ¿No había paseado bajo las hayas, libre de pecado, libre de Dios y a solas? ¿No se había quedado sin nada que decir y con demasiada vergüenza como para ponerse a llorar, hartándose a comer ante su viva imagen en el espejo durante horas y horas en la penumbra? Ahora veía el estado de Martha, la criada, portando el fruto mientras subía las escaleras con dificultad. Despacio y suavemente, acarició el estigma en su propia nuca: había estado derramando lágrimas por la noche, despierta.

Ya era verano y por la noche Sonja escuchó una voz cantar en el jardín. Era una canción de amor que Sonja acostumbraba a recordar. La voz cantaba:

*En la noche húmeda
un esplendor atizado
ahora nada más me queda
que vivir en la añoranza
de tus ojos y cabellos*

Al final del verano los enfermos y las mujeres mayores se sentaban al sol tenue bajo el cielo despejado delante de las puertas de sus casas. Martha llevaba de aquí para allá manzanas amarillas en grandes fuentes. De vez en cuando aparecía el padre en las escaleras que descendían al jardín con su chaqueta gris bien abotonada, parecía un uniforme, disfrutando del sol deslumbrante.

Con el tiempo los árboles se quedaron desnudos y Sonja se dedicaba a hurgar con los pies en las hojas marrones y húmedas que cubrían la tierra por todas partes. El jardín de la cantina ya no era frecuentado y se empezaba a notar el frío.

Martha se tomó un descanso para ir a su ciudad natal y dar a luz a su hijo. Sonja fue la única que la acompañó hasta el tren. Alois, el mozo, hacía ya tiempo que la había abandonado y se había

ido a vivir lejos. Así que ambas iban solas, Sonja y Martha, la criada. Martha caminaba vacilante y con el vientre destacado. A su lado, Sonja era delgada como un arcángel. Martha había recibido el fruto. En cambio para Sonja el año era como un cuento triste, como un cuento de nostalgia.

Cuando nació el niño, Sonja quiso visitar a la madre y ser la madrina.

El otoño llegó turbulento y con lluvias frías. Sonja se encontraba ahora completamente sola, parecía como si cada día estuviera más escuálida. El cabello le pesaba tanto que llevaba la nuca inclinada. En su cara, inexpresiva, se podían ver dos ojos grandes y tristes que parecían hablar. Eran de un dorado oscuro, parecidos a los de los animales.

En noviembre, Sonja fue a ver a Martha, la criada, para conocer al niño. Martha vivía en una ciudad gris llena de rincones, por donde las frías lluvias atravesaban los callejones en forma de tormenta. Las mujeres, ya mayores, iban cubiertas por ropas deshilachadas y se juntaban formando grupos bajo los arcos de las puertas. En una casa trasera estaba Martha, bien tapada con un edredón rojo a cuadros y a su lado el bebé llorando –Cómo olía a comida y a ropa de bebé–. Cuando Sonja, tras haber subido muchos escalones empinados, entró en la habitación, la madre de Martha estaba sentada al lado de la cuna del bebé, contando una historia para calmar al pequeño. No se dejó interrumpir por la entrada de Sonja. «A medianoche llamaron a la puerta –contaba la anciana–, la mujer abrió y había un hombre muerto, sin pelo, sin ojos y con una herida en el cuerpo “–¿Dónde está tu pelo? –Me lo ha llevado el viento. –¿Dónde están tus ojos? –Me lo han arrancado los cuervos. –¿Dónde tienes el hígado? –Te lo has comido tú”»

Así se calló el niño, que con las manitas rojas braceaba riendo y lleno de júbilo en su cuna. Martha tampoco hizo mucho caso a la presencia de Sonja que estaba en la puerta sin decir nada. Martha yacía en la cama con los ojos cerrados y había decidido no bautizar al niño, así pues Sonja regresó muy pronto a casa.

Había nevado y a la mañana siguiente, al asomarse por la ventana, el sol deslumbraba sobre el manto blanco. Sonja entrecerraba los ojos debido a la luz que se reflejaba en la nieve. A mediodía fue a dar un paseo con un bastón para no patinar por las calles resbaladizas. Ya por la tarde fue a visitar a la vieja granjera, cuya casa estaba en medio de la nieve, antes de llegar al pueblo. Una vez allí, Sonja se sentó en el salón que estaba en penumbra, con las manos en el regazo mientras le narraba a la anciana, que murmuraba y asentía desde su butaca: «Simplemente imagina –dijo Sonja–, lo que he llegado a soñar. Es decir, hace poco soñé que polillas anidaban en mi pelo, revoloteaban por mi cara y me rozaban con sus alas. También correteaban ratas por mi cama, lo oía en la oscuridad. Pero ahora –dijo Sonja–, mi amiga ha tenido un niño y yo era la que lloraba enfrente en plena noche. Ahora yo llevo el estigma en la nuca» A todo esto la anciana simplemente murmuraba y asentía. Cuando Sonja volvía por la noche a casa la nieve era de color azul oscuro con sombras violetas. Por la noche hacía mucho frío fuera.

Mientras transcurrían tanto enero como febrero, Sonja, que daba taciturna largos paseos allá por las carreteras, solo tenía una cosa en la cabeza: ahora es cuando la nieve no tardará en derretirse y entonces el año mágico habrá pasado: el año de la nostalgia.

Se derritió la nieve: al despertarse una mañana los prados eran marrones y de un verde vivo y bajaba agua por los arroyos y riachuelos. Los árboles no tardaron en florecer y Sonja recogió un

ramo de flores amarillas para regalárselo a su padre, quien lo recibió severo y desganado. Por la tarde, los cocheros se volvían a sentar en el jardín de la cantina –Con qué gusto Sonja les ofrecía cerveza, cómo sonreía, como una camarera, serpenteando las mesas de madera–.

Ahora era abril. Ahora mayo. Y así se cerró la temporada.

Una mañana Sonja daba de comer a las palomas. Contenta saludó al padre, cuyo rostro aparecía con la nariz, aguileña y pronunciada, y el bigote canoso tras el cristal de la ventana. Le llamó y sonrió. Él, que normalmente no hacía nada, respondió a su saludo, alzando su mano de modo campechano y sonriendo de forma extraña tras el cristal de la ventana.

Entonces Sonja supo que él había llegado. Corrió por los pasillos de la extensa casa que resonaban a su paso hasta llegar al jardín de la cantina, y mientras corría cantaba para sí: «Ahora se abre paso mayo/ahora nada más me queda/que vivir en la añoranza/de tus ojos y tus cabellos» Estaba tan contenta como sólo las mujeres saben estarlo.

Pero en el jardín no había nadie salvo una mujer alta y rubia con un vestido azul claro. Llamó riendo por la puerta: «Ven de una vez, ¿a qué esperas? ven, mi amor» Cuando llegó a divisar a Sonja, quien de repente se quedó de piedra, dijo a la vez que sonreía ligeramente: «A veces es un poco raro, sabes, una no puede hacer que se esté quieto. Pero me acostumbraré a él». Añadió la mujer rubia y sonrió aún más.

Entonces apareció el chaval. Estaba con los ojos inclinados delante de Sonja y llevaba su camisa verde clara, así como una vara en la mano. «Buenos días –dijo sin levantar la mirada–, simplemente quería saber si podríamos tomarnos una cerveza». De repente, sin esperar respuesta y con una rápida decisión se sentó en una de las largas mesas de madera. A la novia rubia, que permanecía de pie algo desorientada, le dijo simplemente con un gesto brusco y particularmente conocido: «Toma asiento», Sonja le examinó y dijo con la voz tomada: «¿Cerveza? Sí, ahora voy a ver». Atravesó el jardín, subió los escalones y pasó por el corredor a la cocina, donde las moscas negras descansaban sobre las paredes blancas. Durante el trayecto una vez volvió la cabeza para ver cómo el chaval golpeaba con su vara, a modo de juego, las manos de la chica, quien no paraba de reír.

Cogió dos vasos de cerveza del armario y una botella. Se los llevó afuera, dejándolos sobre la mesa toscamente y permaneció de pie con los brazos colgando y el pelo cayéndole por la cara. Estaba muy cansada como para alzar la mano, demasiado cansada, como para retirarse el pelo: parecía una gitana de luto. En su cabeza solamente había un pensamiento, ahora podía expresar todo el dolor resumiéndolo de esta forma: Y yo le regalé mi cadena de plata.

Preguntó, sin darse cuenta de las palabras que se formaban en sus labios: «¿Dónde está el otro, el moreno, que la última vez te acompañaba?». El chaval, que bebía cerveza en pequeños y ávidos sorbos, respondió sin alzar la mirada: «Desde entonces no le he vuelto a ver». De repente, levantó la vista. Le miró bien a la cara y sus ojos eran sorprendentemente grandes, azul grisáceos y brillantes. El también sonrió y alzó el vaso: «A tu salud», dijo sonriendo, al mismo tiempo que realizaba un pequeño movimiento de cabeza, algo torpe, porque el mechón de pelo que le llegaba hasta los ojos le tapaba la visión. «A tu salud –dijo, para luego girarse a la chica rubia del vestido azul claro. ¡Salud!» y bebió con los ojos cerrados.

Al ver al chaval de esta forma, Sonja también sonrió. Así había pasado un año de espera por él, un año de cuento nostálgico. Había llegado el verano y luego el estío; el otoño, la nieve había caído y se había derretido para después llegar el chaval. ¿Había esperado que él le perteneciera? ¿Se había creído que él iba a quedarse a su lado? Fuera como fuese, así tenía que ser. Realmente así tenía que ser.

Aunque Sonja podía expresar con palabras lo que pensaba, captó el profundo significado de todo lo ocurrido. Al igual que entonces, que hace un año, susurró, mientras su mano se deslizaba suave y delicadamente por el pelo del amado; Al igual que entonces, sin entender lo que decía: «Gracias, gracias, gracias...»